

(dijo Harthouse con un acento que permitía á Tomás creer, y lo creyó el pobre necio, que aquella condición se le imponía un buen muchacho, incapaz de abusar de la expansión de su gratitud): ahora separémonos hasta la hora de comer.

Cuando Tomás fué al comedor, su pena no le impidió llegar antes que Bounderby.

—No he querido darte un sentimiento, Luísa (dijo á su hermana, dándole la mano y un beso). Sé que me quieres, y yo te quiero mucho.

Durante toda la tarde se dibujó en el semblante de la joven una sonrisa, que estaba dedicada á otro. ¡Ay! Sí, dedicada á otro.

—Esto prueba que el hermano no es el único ser por quien ella se interesa (pensó Mr. Jaime Harthouse, volviendo á la reflexión que había hecho cuando vió por vez primera aquel rostro). No, no; no es su hermano el único que le interesa.

CAPÍTULO V.

Explosión.

La mañana del siguiente día era demasiado hermosa para pasarla en el lecho; así, pues, Jaime Harthouse se levantó muy temprano para ir á sentarse al pié de su ventana, fumando con toda comodidad un cigarro, semejante al que había ejercido tan saludable influencia sobre su joven amigo. Desvaneciéndose todo su ser al calor de los rayos del sol, rodeado del incienso de su pipa oriental, en tanto que el humo perezoso se extendía en la atmósfera, meditaba sobre sus ganancias. Por de pronto, no sabía qué cosa era fastidio; podía, pues, prestar toda atención al cálculo que le ocupaba.

Había entre él y Luísa un secreto, del que estaba excluido el esposo; un secreto que versaba positivamente sobre la indiferencia de Luísa hacia su marido, y sobre la incompatibilidad de carácter que existía desde el principio entre el marido y la mujer. Se había probado hábil; pero claramente conocía su corazón, hasta en los

pliegues más recónditos; se había aprovechado de su afección más tierna para acercarse á ella; y ¡cuánto había progresado! Formaba parte integrante de aquel afecto, y la barrera tras la cual Luísa defendía su vida, se había bajado como por encanto. Todo esto, ¿no era á la vez muy divertido y muy satisfactorio?

Y, sin embargo, no abrigaba hasta entonces ninguna intención seria de empujarla hacia el mal. En el interés público, como en el de las relaciones privadas, hubiera valido más, para honor del siglo en que vivía Harthouse, que la numerosa legión de descreídos de que formaba parte, fuese francamente viciosa, en vez de atenerse á la indiferencia y á las ocasiones. Los escollos que se dejan arrastrar á placer de la corriente, son siempre los que originan mayor número de naufragios.

Cuando el diablo toma la figura de un león que ruga, se muestra bajo una forma desnuda de atractivos, á no ser para los salvajes ó para los cazadores; pero cuando está adornado, peinado y vestido según la moda, cuando está cansado del vicio y de la virtud, tan harto de los ardores del infierno como de la alegría del paraíso, entonces, sea que haga de Maquiavelo en política ó de Don Juan en amor, es siempre el diablo en persona, el verdadero diablo, único á quien se debe temer.

Jaime Harthouse estaba, pues, sentado al pié de su ventana, fumando con abandono, y considerando lo mucho que había adelantado en el camino que había emprendido por casualidad. El objeto á que se dirigía estaba indicado claramente; pero no se tomaba el trabajo de meditar en los medios de realizarlo: lo que está escrito, se cumple siempre.

Como aquel día tenía en perspectiva un largo paseo á caballo, pues á pocas leguas de la quinta se celebraba una reunión política, en que tendría ocasión de obtener ventajas entre algunos partidarios de Gradgrind, se vistió desde muy temprano, y bajó á almorzar.

Estaba impaciente por leer en los ojos de Luísa si había retrocedido desde el día anterior; pero no leyó nada de esto. Se encontró en el mismo sitio en que había dejado la señal. Lo conoció en el interés impreso en la mirada que le dirigió Luisa.

El tiempo no transcurrió ni bien ni mal para Mr. Harthouse; pero no para su aburrimiento en aquel empleo fatigoso del día, y volvió á caballo á las seis. Había un espacio de media milla entre la verja de la posesión y la entrada de la casa, y adelantaba despacio por el paseo rodeado de árboles y cubierto de menuda arena que antes pertenecía á Mr. Nickits. Bounderby le salió al encuentro.

ció el brazo, y durante la marcha, que era á paso lento, le preguntó cómo se había cometido el robo.

—Iba á decirselo á V. (exclamó Bounderby dando el brazo á la señora Sparsit, con aire encolerizado). Si no hubiera V. tenido tanta curiosidad por saber á cuánto ascendía la suma, hubiera empezado por eso. Ya conoce V. á esta señora.... porque esta mujer es una señora, la señora Sparsit.

—Sí, yo he tenido el honor....

—Muy bien. Este joven es Bitzer. También le habrá V. visto en la misma ocasión que á esta señora.

Harthouse movió la cabeza en señal afirmativa, y Bitzer saludó con el revés de la mano.

—Muy bien. Ambos viven en la casa de banca. Quizás lo sabrá V.: muy bien. Ayer por la noche, á la hora de cerrarse las oficinas, se echaron todas las llaves, como de costumbre. En el salón forrado de hierro á cuya puerta duerme este individuo, había.... no importa cuánto dinero. La caja pequeña del gabinete del joven Tomás, destinada á recibir valores de poca consideración, contenía tres mil ochocientos y pico de francos.

—Tres mil ochocientos cincuenta y ocho con ochenta y cinco céntimos,—dijo Bitzer.

—Vamos (respondió Bounderby volviéndose):

procure V. no interrumpirme. ¡Hola!.... ¿No es bastante haber sido robado mientras V. roncaba como hombre ahito, sino que también he de verme interrumpido por un doméstico? Yo no roncaba cuando tenía la edad de V. Yo no comía lo suficiente para poder roncar. Nunca, en mi vida.

Bitzer se llevó otra vez la mano á la frente con aire apesadumbrado, y pareció también conmovido y humillado con el ejemplo de abnegación moral que le daba la juventud de Bounderby.

—Tres mil ochocientos y pico de francos (repitió éste). El joven Tomás había guardado esta suma en su caja, que no es de las más sólidas; pero ya es tarde para pensar en ello. Todo había quedado en buen orden. En medio de la noche, mientras este joven individuo roncaba.... Señora Sparsit, ¿no me dijo V. que lo había oído roncar?

—No puedo decir precisamente que lo haya oído, y, por consiguiente, no puedo afirmar el hecho. Pero durante las noches de invierno, cuando se dormía sobre la mesa, oía un ruido que sólo puedo definir diciendo que se parecía mucho al que produce una respiración agitada. En diversas ocasiones le he oído producir ruidos semejantes al movimiento de una péndola. Yo no quiero acriminar en lo más mínimo el carácter moral de Bitzer (añadió la señora Sparsit

con el aire soberbio de una mujer obligada á dar en conciencia un testimonio estrictamente verídico). Lejos de eso, siempre lo he considerado como un joven que profesa excelentes principios, y deseo que esta declaración pueda interpretarse en favor suyo.

—Pues bien (continuó el inflexible Bounderby); mientras roncaba ó respiraba con agitación, é imitaba el ruído de una péndola, ó no importa qué; durante su sueño, digo, no sé quiénes y no sé cómo, ocultos ó no en la casa, que eso aún está por saber, penetraron hasta la caja de Tomás y robaron el contenido. Estando las llaves debajo de la almohada de la señora Sparsit, y no habiéndose notado violencia en las cerraduras, claro es que los ladrones tuvieron que valerse de ganzúas; además, se ha encontrado una á eso de las doce de la mañana en medio de la sala. Al abrir las oficinas, nadie observó cosa alguna capaz de producir alarma. Bitzer se levantó, arregló los pupitres antes de que entraran los escribientes, y al llegar á la caja de Tomás, vió la puerta abierta, la cerradura forzada y el dinero robado.

—Á propósito; ¿dónde está Tomás?—preguntó Harthouse, mirando á su alrededor.

—Ha ido á ayudar á la policía en sus pesquisas (respondió Bounderby); por eso no se ha quedado en la casa de banca. Quisiera que esos

ganapanes hubieran intentado robarme cuando tenía la edad de Tomás. Yo respondo de que no hubieran conseguido su objeto, porque no tenía un solo ochavo.

—¿Sospecha V. de alguien?

—¿Que si sospecho de alguien? ¡Ya lo creo! ¡Pardiez! (replicó Bounderby, abandonando el brazo de la señora Sparsit.) No se saquea impunemente la casa de banca de Josué Bounderby, de Cokeville, sin que las sospechas recaigan sobre cualquiera. No, por vida mía.

Mr. Harthouse se apresuró á preguntar de quién se sospechaba.

—Pues bien (dijo Bounderby, deteniendo el paso y volviéndose para estar enfrente de todo el mundo); lo voy á decir; pero no vaya V. á publicarlo, que entonces los bandoleros comprometidos, porque forman cuadrilla, se pondrán en seguridad. ¿Me promete V. el secreto? Espere V. un instante. (Mr. Bounderby se enjugó la frente con el pañuelo.) ¿Qué dirá V. (aquí el orador estalló con violencia) si hubiese un obrero comprometido en este asunto?

—Espero (dijo Harthouse con indiferencia) que ese obrero no será nuestro amigo Blackpot.

—Diga V. *pool* en vez de *pot*, y ese es nuestro hombre.

Luisa dejó escapar una débil exclamación de duda y de sorpresa.

—¡Oh! Sí. Lo sé muy bien (dijo Bounderby). Pues qué, ¿no estoy yo acostumbrado á estas cosas? Son las gentes más honradas del mundo. Ya estoy al cabo. Aspiran á que se les explique su derecho, y nada más. ¡Tunantes! Enséñeme V. un obrero descontento, y yo le enseñaré un hombre capaz de todo.... ¡Sí, de todo!

Esta era otra de las ficciones populares de Co-keville, que se habían tomado el trabajo de acreditarla en la opinión, y en realidad había muchas almas buenas que las creían sinceramente.

—Pero yo conozco á esos canallas (prosiguió Bounderby). Leo en ellos como en un libro abierto. Señora Sparsit, á V. me remito. ¿Qué consejo di á ese Blackpool la primera vez que puso el pié en mi casa, cuando vino con la intención expresa de que yo le dijese cómo podría volver de arriba abajo la religión, y echar una zancadilla á la santa iglesia? Señora Sparsit, V. que en razón á su noble parentela está al nivel de la aristocracia, confiese si he dicho ó no á ese individuo: «V. no es ángel de mi devoción; V. acabará mal.»

—Dice V. muy bien. Le dijo V., en tono que debió causarle grande impresión, todo eso que acaba de referir.

—¿Y no se lo dije después de haber ofendido groseramente la delicadeza de sentimientos de V.?

—Sí, señor; nada es más exacto. Aunque no pretendo que mis sentimientos sean más delicados... más inocentes, si V. prefiere la expresión, que acaso lo hubieran sido, á haber ocupado siempre la posición que ahora ocupo.

Mr. Bounderby fijó en Mr. Harthouse una mirada resplandeciente de orgullo, como para decirle:

—Yo soy el propietario de esta señora, y por parte de V. merece todo género de atenciones.

Después anudó el hilo de su discurso:

—V. mismo puede recordar, Harthouse, lo que le dije delante de V. No escaseé las palabras: no puedo tener miramientos con esa gente. Los conozco mucho. ¿Y qué ha sucedido ahora? Tres días después desaparece. Parte, sin que nadie sepa adónde ha ido, como hizo mi madre cuando yo era niño, con la diferencia de que este individuo es una persona aún menos estimable que mi madre, si es posible. ¿Qué ha hecho antes de partir? No lo creerá V. nunca.... (Mr. Bounderby, que tenía el sombrero en la mano, daba un golpe en la copa á cada período de su discurso, como si su sombrero hubiera sido un tamboril.) Si yo le dijese á V. que se le ha visto varias veces seguidas rondar la casa banca y sus alrededores; que la señora Sparsit ha dicho que no podía rondar con buenas intenciones;

que esta señora llamó la atención de Bitzer hacia aquel individuo, y que le observaron los dos; que, según las informaciones tomadas hoy mismo, los vecinos lo notaron igualmente, ¿qué contestaría V.?

Ahora que había llegado al punto culminante de su discurso, Mr. Bounderby, á semejanza de los bailarines de Oriente, se cubrió con el tamboril.

—En efecto: eso hace sospechar.... (dijo Jaime); convengo en ello.

—¡Ya lo creo, caballero, ya lo creo! (dijo Bounderby con cierta mirada provocativa.) Pero Blackpool no es el único criminal. Tiene por cómplice á una vieja. Jamás se saben estas cosas hasta que el mal está hecho; siempre se descubre que la puerta de la cuadra no cerraba bien, cuando han robado el caballo: ahora se trata de una vieja, de una vieja que de vez en cuando viene á esta ciudad por el ferrocarril. En todo el día hace otra cosa que rondar la casa, y por la noche se va con su cómplice, sin duda á madurar el plan.... ¡Que no cargara con ella el diablo!

—En efecto (pensó Luísa); la noche en que yo visité á Esteban había una anciana en la habitación, y parecía recatarse.

—No es esto todo; tenemos noticias de sobra (continuó Bounderby moviendo incesantemente la cabeza en ademán misterioso). Pero ya he di-

cho bastante por ahora. V. tendrá la bondad de ser prudente, y no decir á nadie una palabra de este asunto. Quizá necesitaremos tiempo; pero no importa. Es una política excelente la de dejarles algún espacio, á fin de no despertar sus sospechas; no hay que precipitar las cosas. Y naturalmente serán castigados *con todo el rigor de la ley*, como dicen las gentes de golilla, y estará muy bien hecho. Todo el que asalta una casa de banca, debe sufrir las consecuencias de su crimen. Á no ser por estas consecuencias, todos iríamos á robar.

Había cogido la sombrilla que Luísa llevaba en la mano, y la había abierto, de manera que, aunque no hacía sol, la joven caminaba á la sombra, ni más ni menos que si lo hiciera y la sombrilla pudiera servir para algo.

—Por el pronto, Luísa (le dijo su marido), aquí está la señora Sparsit, de quien debes ocuparte. Los nervios de esta señora han padecido mucho con el suceso, y permanecerá en casa un día ó dos. Cuida de que se le disponga una habitación conveniente.

—Muchas gracias, caballero (contestó la discreta señora); pero suplico que nadie se moleste por mi causa. Necesito muy poca cosa.

Cuando le enseñaron su habitación, le sorprendió hasta tal punto el aspecto confortable de aquella estancia y tanto se resistió á habitar en

ella, que cualquiera hubiese creído que prefería pasar la noche sobre la mesa de la cocina.

—Los Powler y los Scadgers, es verdad, estaban acostumbrados al lujo (decía con cierta complacencia la señora Sparsit); pero debo acordarme de que ya no soy lo que he sido. (Nunca dejaba de hacer esta observación con cierta gracia altiva, especialmente si podía oír la algún criado.) Y en verdad (añadía), si yo pudiese borrar para siempre el recuerdo de que Mr. Sparsit era un Powler, y que yo misma estoy ligada á la familia Scadgers; ó bien si estuviese en mi mano cambiar las cosas y hacer de mí una persona de humilde nacimiento emparentada con la plebe, lo haría con mucho gusto. Atendiendo á las circunstancias que me rodean, creería que el hacerlo era un deber en mí.

En la mesa, el mismo espíritu de abnegación monacal la impulsaba á renunciar los vinos y los platos suculentos, hasta que Mr. Bounderby le mandaba con toda formalidad que los tomase. Entonces la señora Sparsit respondía:

—Á decir verdad, es V. demasiado bueno, caballero.

Y renunciaba por pura obediencia á su firme resolución de tomar, como lo había anunciado formalmente, un modesto pedazo de carnero.

Se confundía también en excusas cuando necesitaba la sal; y como era suficientemente ama-

ble para dejar de corroborar en cuanto le fuese posible el testimonio de Bounderby acerca del mal estado de sus nervios, se apoyaba de vez en cuando contra el espaldar de la silla, para llorar en silencio; entonces se podía ver, ó, mejor dicho, no había más remedio que ver, pues llamaba sobre sí la atención general, una lágrima de gran dimensión, semejante á la perla de un zarcillo, rodar por todo lo largo de su nariz romana.

Pero el sello dominante en aquella mujer, desde el principio hasta el fin, era la resolución inquebrantable de compadecer á Mr. Bounderby.

En ciertos momentos no se podía dominar, y movía la cabeza, como diciendo:

—¡Ay! ¡Pobre Yorick!

Después de haberse puesto en evidencia, á pesar suyo, por esas señales exteriores de emoción, contraía su rostro una ligera sonrisa, resplandecía con el contento, y decía en tono festivo:

—Al fin ha conservado V. su buen humor, por lo cual doy gracias al cielo.

Y aparentaba mirar como una verdadera bendición que Mr. Bounderby no hubiera sucumbido bajo el peso de sus infortunios.

Otra originalidad que no podía vencer sin gran trabajo era la de confundirse siempre en excusas.

Sentía una inclinación extraña á llamar

siempre á la señora Bounderby señorita Gradgrind, y en el discurso de la noche cedió á esta inclinación lo menos sesenta veces. La repetición de este error causaba á la señora Sparsit una turbación modesta; pero, según aseguraba, le parecía tan natural decir señorita Gradgrind, que le era casi imposible figurarse que aquella oven que había tenido la felicidad de conocer siendo una niña, era realmente mujer legítima de Mr. Bounderby.

Otra particularidad de aquel *quid pro quo* inconcebible era que cuanto más pensaba en el cambio, lo comprendía menos; tan chocante era la diferencia.

En el salón, después de la comida, Mr. Bounderby, por su propia autoridad, volvió á tratar el asunto del robo, examinó los testigos, tomó nota de sus declaraciones, encontró á los acusados culpables, y les impuso las penas más severas.

Terminado el proceso, Bitzer fué enviado á Cokeville, con orden de recomendar al joven Tomás que viniese en el tren expreso.

Cuando trajeron las luces, murmuró la señora Sparsit:

—No esté V. tan afligido, caballero. Quisiera verle tan alegre como de costumbre.

Mr. Bounderby, á quien estos consuelos empezaban á poner sentimental en grado estúpido, suspiró como una vaca marina.

—No puedo verle á V. de ese modo (dijo la señora Sparsit). Juguemos al tric-trac, como en la época en que tenía el honor de que viviésemos bajo un mismo techo.

—Desde entonces no he vuelto á jugarlo, señora,—dijo Bounderby.

—Verdad que no (añadió la señora Sparsit en tono consolador); lo sé muy bien. Recuerdo que este juego no agrada mucho á la señorita Gradgrind; mas me tendré por afortunada si V. se digna....

Se pusieron á jugar cerca de una ventana que daba al jardín.

Era una hermosa noche; no alumbraba la luna, pero la noche era serena y embalsamada.

Luisa y Mr. Harthouse salieron para dar un paseo por el jardín, en donde se oían sus voces con el silencio de la noche; pero no lo que hablaban. La señora Sparsit, atenta en apariencia al tric-trac, se fatigaba la vista, procurando penetrar en la oscuridad exterior.

—¿Qué es lo que pasa ahí fuera, señora? (preguntó Bounderby.) Creo que no contemplará V. ningún incendio.

—Nada de eso, caballero; pensaba en el rocío.

—¿Y qué le ha hecho á V. el rocío, señora?

—Personalmente nada; pero temo que se constipe la señorita Gradgrind.

—No se constipa nunca.

—¿De veras?

Y al hacer esta pregunta, le acometió un golpe de tos.

Cuando llegó la hora de retirarse, Bounderby pidió un vaso de agua.

—¿Agua? ¿Pues y el Jerez que le gustaba á V. tanto, con cidra y nuez moscada?

—¡Vive Dios, señora, que he perdido la costumbre!—dijo Bounderby.

—Tanto peor (replicó la señora Sparsit); V. pierde todas sus antiguas costumbres. Un poco de ánimo. Si la señorita Gradgrind me lo permite, me ofrezco á servir á V. el vasito de vino como se lo servía otras veces.

Habiéndole permitido la señorita Gradgrind que hiciera todo cuanto quisiese, la señora Sparsit, llena de atención y de delicadeza, fabricó el brebaje, y se lo presentó á Bounderby.

—Esto le hará á V. mucho provecho. Le calentará el estómago. Esto es lo que le hace á V. falta, y lo que no debiera faltarle nunca.

Y cuando Bounderby dijo: «Á la salud de V., señora,» ella contestó con mucho sentimiento:

—Gracias, caballero. Tengo los mismos deseos que V., y quiero verle muy feliz sobre todas las cosas.

Finalmente, le dió las buenas noches de un modo patético, y Mr. Bounderby se fué á acostar, convencido de que había experimentado

alguna contrariedad sensible, sin poder decir precisamente de quién ni de qué tenía por qué quejarse.

Mucho tiempo después de haberse desnudado y acostado, Luisa espío la llegada de su hermano Tomás. Sabía que no podía volver antes de la una de la madrugada; pero en el sombrío silencio del campo, poco á propósito para calmar la agitación de su espíritu, el tiempo le pareció muy largo. En fin, después que el silencio y la oscuridad parecieron redoblar á porfía, oyó llamar á la verja de entrada.

Le pareció que hubiera deseado que la campana hubiera estado tocando hasta el amanecer; pero cesó el ruido, se perdió en los aires el círculo de sus últimas vibraciones, y la noche volvió á quedar muda.

Espero aún un cuarto de hora, según pudo juzgar. Entonces se levantó, se puso un peñador, salió de la alcoba á pesar de la oscuridad, y subió á las habitaciones de su hermano. La puerta estaba cerrada, abrió suavemente, y llamó á Tomás, acercándose al lecho con paso silencioso.

Se arrodilló junto al lecho, rodeó con el brazo el cuello de su hermano, y acercó al suyo el rostro de Tomás. Sabía muy bien que no estaba dormido, que sólo lo aparentaba, pero no le dijo una palabra.

Muy luego Tomás se estremeció, como si acabase de despertarse sobresaltado :

—¿Quién está ahí? ¿Qué sucede?—preguntó.

—Tomás, ¿no tienes nada que decirme? Si alguna vez me has amado y tienes algún secreto que ocultar á todo el mundo, confíamelo á mí.

—No te comprendo, Luísa. Sin duda estabas durmiendo, y sueñas todavía.

Luísa descansó la cabeza sobre la almohada y veló con sus cabellos el rostro de Tomás, como si hubiera querido ocultarle á las miradas de todos, menos á las suyas.

—Mi querido hermano (le dijo): ¿no tienes nada que contarme? ¿No hay nada que podrías confiarme si quisieras? Nada de cuanto puedas decirme cambiará mi cariño, bien lo sabes; pero te suplico, hermano, que me digas la verdad.

—No te comprendo, Luísa.

—Tal como estás ahora, acostado, querido Tomás, en la noche triste y sombría, tal permanecerás acostado en cualquiera parte una noche que está por venir, aun cuando tu hermana, si vive, se viera precisada á abandonarte. Tal como ahora estoy, con los piés desnudos, á medio vestir, tal estaré en la noche de la muerte hasta que me convierta en polvo. ¡Por esta noche, hermano, te pido que me digas la verdad!

—¿Pero qué es lo que quieres saber?

En la energía de su amor, Luísa le estrechó

contra su pecho, como si hubiera sido un niño.

—Puedes estar seguro (le dijo), de que no haré ninguna reconvención. Puedes estar seguro de que te salvaré, por mucho que me cueste. ¡Oh, Tomás! ¿No tienes nada que decirme? Habla muy bajo; di solamente *sí*, y te comprenderé.

Inclinó el oído hacia los labios de su hermano; pero Tomás guardó un obstinado silencio.

—¿Ni una palabra, Tomás?

—¿Cómo quieres que te diga *sí*, ó cómo quieres que te diga *no*, si no te entiendo? Luísa: tú eres una muchacha muy buena, muy virtuosa, muy digna, empiezo á creerlo, de tener un hermano mejor que yo. Pero nada tengo que decirte. Vete á acostar, vete á acostar.

—¿Estás muy cansado?—murmuró Luísa, al cabo de algunos minutos.

—Sí; estoy muy cansado.

—Tan ocupado habrás estado hoy, y tan fatigoso habrás sido el día para tí.... ¿Se ha descubierto alguna cosa más?

—Nada más que lo que él mismo te ha dicho.

—Tomás: ¿has confiado á alguien que hemos ido á casa de esas gentes, y que vimos á los tres juntos?

—No. ¿No me rogaste tú misma que nada dijese, al pedirme que te acompañara á su casa?

—Sí. Yo no sabía lo que iba á suceder.

—Ni yo. ¿Cómo hubiera podido saberlo?

Había hasta mal humor en la precipitación de aquella respuesta.

—Después de lo que ha sucedido (preguntó la hermana, poniéndose en pié cerca del lecho), ¿deberé decir que hicimos esa visita? ¿Será preciso que lo diga? ¿Qué debo hacer?

—Por Dios, Luísa (replicó su hermano); tú no tienes por costumbre pedirme parecer. Di lo que quieras. Si haces de ello un misterio, te imitaré, y si no, lo mismo.

La oscuridad era demasiado densa para que pudieran verse; pero ambos parecían muy atentos, y antes de hablar reflexionaban detenidamente.

—Tomás: ¿crees tú que aquel hombre á quien di dinero esté verdaderamente comprometido en el robo?

—No sé. No veo razón alguna en contrario.

—Me parecía tan honrado...

—Puede habértelo parecido, y no serlo.

Hubo un momento de silencio: antes de responder, Tomás vaciló y se detuvo.

—En una palabra (continuó Tomás, como hombre que había tomado su partido); tan lejos estaba yo de pensar bien de aquel hombre, que le hice salir al descanso de la escalera para decirle simplemente que debía considerarse muy satisfecho con la limosna que le había procurado la visita, y que esperaba que haría de ella buen

uso. Por lo demás, nada tengo que decir contra él; no tengo fundamento para creer que no sea un hombre honrado, y espero que no haya tenido parte en ese asunto.

—¿Se incomodó por lo que le dijiste?

—No; al contrario, estuvo muy atento. ¿En dónde estás, Luísa?

Se había levantado del lecho para abrazar á su hermano.

—Buenas noches, Luísa; buenas noches.

—¿Nada más tienes que decirme?

—Nada. ¿Qué quieres que te diga? No querrás obligarme á decir un embuste.

—¡Oh! Seguramente que no, y esta noche menos que nunca; temería mucho por tu descanso en las noches, y te las deseo más tranquilas que la presente.

—Gracias, mi querida Luísa. Estoy tan cansado, que me admiro de no contestarte todo lo que quieras, con tal que me dejes dormir. Vete á acostar.

Después de haberla abrazado otra vez, volvió á acostarse, se cubrió la cabeza con la manta, y permaneció tan inmóvil, como si hubiese llegado para él la noche terrible que Luísa había invocado para dar mayor fuerza á sus ruegos.

La joven permaneció un rato al lado del lecho, y después se alejó con lentitud. Se detuvo á

la puerta, la abrió, volvió la cabeza antes de salir, y le preguntó si la había llamado. Pero Tomás no contestó: Luisa cerró suavemente la puerta, y entró en su alcoba.

Entonces el miserable levantó la cabeza con precaución, y viendo que su hermana había partido, se deslizó del lecho, cerró la puerta con la llave, y se volvió á la cama: allí, arrancándose los cabellos, llorando amargamente, amando á su hermana, aunque incómodo con ella, lleno para consigo mismo de un desprecio profundo, pero impenitente, y animado, contra todo lo que hay de bueno en el mundo, del mismo desprecio profundo y del mismo odio impotente.

CAPÍTULO VI.

Para concluir.

La señora Sparsit, mientras descansaba en la quinta de Bounderby para entonar sus nervios, ejercía noche y día una vigilancia tan activa á la sombra de sus cejas coriolanescas, que sus ojos, semejantes á dos faros encendidos, hubieran bastado para advertir á todo marino prudente que cuidase de no chocar contra una roca tan terrible como su nariz romana y los sombríos surcos de su semblante, si la buena señora no hubiese tranquilizado á las gentes con sus maneras tranquilas y suaves.

No había otra mujer como ella para rondar todos los rincones de la casa. ¿Cómo se las componía para que la encontrasen en todos los pisos á la vez? Era inexplicable. Una señora en quien parecía innato el sentimiento de las conveniencias, perteneciente además á familias tan distinguidas, no podía ser sospechosa de saltar por encima de las escaleras ó de echarse á rodar para bajarlas más pronto; y, sin embargo, la extraordinaria facilidad con que andaba de arri-